

La Sociedad de Fernando



Flavio Albarracin

Prólogo. Por Fernando Petracci

12 de abril del año 2026

A cerca del autor:

Flavio Albarracin es médico hematólogo del Hospital Universitario, docente y Magister de la Universidad Nacional de Cuyo. Ha escrito numerosos artículos en periódicos y revistas científicas a cerca de la vinculación de la filosofía a la realidad cotidiana, los dilemas que la juventud y el ser humano enfrentan hoy, y los grandes desafíos que plantea la realidad del hombre y su vinculación con la tecnología.

Su primer libro se llama “Mi querida Lita”. Fue escrito en el año 2024 y hace alusión a la historia de vida de su abuela materna, en cuanto a las vivencias relacionadas a su propia crianza, como así también a los aportes que ella realizó en educación y altruismo para con la sociedad.

En este segundo libro relata la experiencia vivida junto a 35 pacientes oncológicos que fueron en 2024 al “Valle de las Lágrimas”, lugar de la caída del avión de los uruguayos en 1972. El mismo, además, trata sobre historias de vida que tuvo junto a pacientes onco-hematológicos propios a lo largo de su vida y su visión a cerca de aspectos en la relación médico paciente más allá de la típica atención convencional.



Capítulos.

1. Prólogo. Por Fernando Petracci
2. Introducción
3. 2009, Dios te pone en algún lado por algo
4. Comienzo de la travesía
5. Sabrina y yo
6. El primer día, la llegada al campamento
7. Fernando y yo
8. El segundo día, la llegada al memorial
9. Marcos Germán
10. El Final, el retorno a casa
11. Epílogo
12. Agradecimientos

1. Prólogo

Hay amistades que nacen sin anunciarse. La mía con Flavio empezó con un apretón de manos en el piso once del Hospital de Clínicas, en ese universo particular que es una residencia médica, donde el cansancio y la adrenalina conviven en partes iguales. Desde ese primer encuentro supimos, sin decírselo, que teníamos mucho en común. No solo la medicina, ni la especialidad que cada uno estaba construyendo, sino algo más difícil de nombrar: una manera peculiar de entender la profesión y el trato con los pacientes y sus familias, la convicción de que el acompañamiento vale tanto como el diagnóstico.

Las sociedades no nacen por casualidad. Creo que siempre hay una necesidad básica que las convoca y en nuestra historia tenía un nombre claro: «no estar solos» frente a todo lo que esta profesión te pone delante. Porque en el fondo se trata de eso, de nuestra emocionalidad, de cómo la manejamos para seguir adelante, de cómo la exteriorizamos o la guardamos demasiado tiempo. Se trata del camino, y de las personas que la vida nos pone en él para transitarlo.

Son nuestras historias personales, y son también las historias detrás de cada paciente y su familia. De darnos cuenta de que siempre podemos dar algo más por quienes nos rodean —familia, amigos, colegas, pacientes y sus familias— de manera desinteresada, sin pedir nada a cambio. Pero sabiendo internamente que algo volverá: un abrazo, un gracias, o un relato como este, que cuenta nuestras experiencias de vida y que, sin que nos demos cuenta, termina siendo nuestro legado.

Veinte años después de aquel apretón de manos, lo que Flavio logra en estas páginas es algo que muy pocos médicos se permiten: mirar hacia atrás sin miedo. No borrar lo que duele, sino escribirlo. Este libro contempla varias aristas: una historia de amistad, un recorrido por años de medicina vivida con intensidad,

de relaciones interpersonales, de emociones, de acompañamiento, motivación, convicción y pasiones. Pero, sobre todo, es la voz de Flavio. Una voz que tardó en encontrar el momento justo para salir, y que cuando lo hizo, no se guardó nada.

Si nuestra amistad logró trascenderse a sí misma, si sirvió para unir a otros, si ayudó a descargar mochilas emocionales que pesan demasiado cuando se cargan solos, entonces está todo dicho. Valió la pena.

Flavio: gracias por haberle dicho que sí a la cuarta vez. Ahí supe que no vendrías solo a caminar.

Fernando Petracci
Médico oncólogo

2. Introducción

En la previa, desde casa, en Carrodilla, Luján, Mendoza. El lugar que se transformó en mi mundo. Acá comienza “La Sociedad de Fernando”, de Fernando, mi gran amigo. El chico que conocí hace casi 25 años atrás en el piso 11° del Hospital de Clínicas Sexta Cátedra: *“Hola, soy Fernando, un gusto conocerte Flavio”*. Así comenzaba esta historia de amistad, de acompañamiento, de compartir esfuerzos, de contarnos permanentemente nuestras propias dificultades, de mucho optimismo, y de recuerdos que son inmemorables pero que nunca podrán ser igualados.

Acá estamos, acá comienza el relato de la Sociedad. En este comienzo pienso mucho en Laura, en mi Laura, a quien también conocí en el Clínicas. En todo nuestro recorrido. En como iniciamos nuestra relación y nos encontramos hoy 20 años después. Pienso en nuestra historia y en nuestro porvenir, en nuestro futuro y horizonte. En ese zarpar hacia un nuevo mundo, que seguro tendrá muchas cosas por descubrir, pero también muchos lugares comunes en tanto recorrido transitado. También pienso en el aprendizaje, en caerse y levantarse. Es una nueva mirada, un nuevo devenir. Ese que debe llegar con amor, entrega, trabajo, con riesgos, con esperanza y también mucha templanza. Porque también envejecer tiene algún beneficio, te hace “más sabio”.

Este pensamiento me lo llevo a la montaña. A ese lugar donde estoy seguro cambiaré mi vida. Me he preparado para este momento todo el último año. Fernando me invitó por cuarta vez consecutiva hace un año y entendió mi negativa. Recuerdo sus palabras: *“Flavito no te preocupes, el año que viene estarás listo”*. Aunque me parezca increíble, este libro lo pensé con Fernando en 2009, momento en que estuvo de visita en Mendoza y tuvimos tiempo para compartir nuestras historias junto a pacientes. Fue un disparador, nos llevó a recordar historias y a pensar en esta posibilidad conjunta. Todo quedó ahí. Pero años después, Fernando evidentemente quedó compenetrado con la idea de hacer algo distinto con los pacientes y así, luego de su primera expedición al Valle de las Lágrimas, se le ocurrió hacer esta locura de llevar pacientes con cáncer a la montaña, a 3600 metros de altura.

Al momento que estoy escribiendo estas páginas Fernando ha llegado a organizar seis de estas expediciones en forma consecutiva. Yo me sumé en la cuarta, como dije, las tres veces anteriores no pude, no estaba preparado, la cuarta fue la vencida. Me lo anticipó Fernando: *“vas a ver que te vas a arrepentir de no haber ido a las anteriores”*. Tuvo razón, vaya si la tuvo.

Si recuerdo esas vacaciones donde me invitó como dije por cuarta vez. mis palabras fueron: *“Esta vez te lo acepto, pero voy a escribir un libro, y se va a llamar “La sociedad de Fernando”. ¿Te acordás no, que dijimos que alguna vez íbamos a hacer un libro juntos?”*. La mirada de Fernando me lo dijo todo, fue el gran disparador para hacer esto. Estaba terminando mi primera novela dedicada a mi abuela: *“Mi querida Lita”*. Había logrado ya vencer a mi última versión literaria que no había pasado de notas y ensayos, algunos publicados y otros no. Pero ese primer lanzamiento fue el catalizador para decirme a mí mismo que podía, que hacer una novela para nada es una tarea fácil, requiere de una buena trama, de buenos enlaces entre los capítulos, y mucha edición, tiempo, eso de lo que todos carecemos. También me hizo dar cuenta que nunca es tarde para abrir nuevas puertas, como mi queridísimo amigo Matías me anticipó cuando leyó mi primera novela: *“Flavio no dejes este camino, me va a encantar ver tu segunda producción”*. Los amigos son aquellos que te hacen ver por donde pasa tu verdadero éxito, el tenerlos en tu vida, el que te hablen con la sinceridad necesaria, no importa la frecuencia, importa la calidad de esos encuentros, y vaya si la vida me dio amigos de calidad.

Esta novela va a ser un ir y venir, voy a contar lo vivido en el viaje al avión de los uruguayos, al memorial ubicado en el Valle de las Lágrimas en Malargüe, donde llevamos a un total de 35 pacientes con cáncer. Al mismo tiempo voy a relatar algunas experiencias a lo largo de mi vida junto a pacientes que dejaron una gran huella en mí. He pensado en una novela que combine vivencias y experiencias de mi historia, pero también de todas aquellas que merecen ser contadas, las de los pacientes que lo lograron y de las que no. Los Numa Turcatti de la montaña van a estar acá presentes, porque también ellos fueron héroes, no sólo los que sobrevivieron. Así que sólo me resta decirles que se preparen, porque van a leer historias tristes, pero que estoy

seguro que van a dejarles muchas enseñanzas, como las que ellos me dejaron a mí. Porque por alguna razón siento que esas personas me eligieron a mí, y fui muy afortunado en tenerlos conmigo, aunque haya sido solo por un ratito de sus vidas.

Los invito a leer un relato auténtico, que se inició allá lejos y hace tiempo en el pabellón de residentes del hospital de Clínicas, donde convivimos durante un tiempo con “Fer” en una de esas enormes habitaciones con pasillos, cocina y baños compartidos. Unos años después me tocaría vivir una experiencia similar conviviendo junto a pacientes y sus familiares en Génova, Italia, con las mismas características. Son muchas historias para contar, voy a elegir algunas, espero les puedan llegar en la profundidad como las siento.

Bienvenidos, esto es “La sociedad de Fernando”, Mendoza, Argentina, y comienza así.

3. 2009, Dios te pone en algún lado por algo

“A mi querido Hospital de Clínicas, mi alma mater”

El día Viernes 28 de agosto del 2009, eran las 5 a.m. de la madrugada y estaba con insomnio nuevamente. Todo había comenzado cuando pasé al segundo año de la Residencia en Hematología en el Hospital de Clínicas, y tuve que enfrentarme solo al estrés del inicio del consultorio por primera vez en mi vida. No fue casualidad que un día como ese hubiera decidido empezar a escribir este texto. Se habían cumplido 11 años de mi graduación en Medicina, 3 años desde mi vuelta a Mendoza luego de mi formación en Buenos Aires y en el exterior. Además, un día antes, luego de mucho tiempo, me había reencontrado en el hospital Central de Mendoza con Sebastián, a quien no veía desde su trasplante. Lo había conocido en 2003, en lo que fue mi primera experiencia en trasplante de médula ósea. Fue en el Hospital Naval de Ciudad de Buenos Aires, y él era un paciente mendocino muy joven internado en ese momento en la unidad. Sebastián era una historia exitosa, un beneficiado de esa técnica tan fabulosa que es el trasplante.

En el medio de aquella noche mi hija mayor Catalina, con sólo un año y medio, se despertó y casi como que entre sueños empezó a decir: “agua, agua”, algo que escuchábamos por primera vez. Casi increíble que con las pocas palabras que sabía decir hasta ese entonces pudiera habérselas arreglado para exclamar su necesidad de sed. Era la misma razón por la que hoy nos sorprende tanto la Inteligencia Artificial (algo a lo que me dedicaría en la actualidad), la rapidez con que aprende el lenguaje. Me llamó mucho la atención, y casi instantáneamente empecé a pensar que me estaba sucediendo algo similar con este libro. Tenía una sed casi instintiva e irrefrenable de iniciarlo.

Habían ya pasado varios meses pensando acerca de si escribirlo o no. Más precisamente tuvo que ver con la visita que hizo Fernando a Mendoza hacía poco tiempo. Tuvimos por primera vez, después de varios años, bastante tiempo para conversar de nuestras vivencias. Fernando en ese momento estaba de lleno haciendo Oncología en el Hospital Fleming y recordamos anécdotas de pacientes en nuestra época en el Hospital de Clínicas. Ahí pudimos confrontar con nuestra actualidad.

Rápidamente empezamos a darnos cuenta de lo increíble que podían ser nuestras historias y experiencias de vida. Además, nos dijimos que no conocíamos, por lo menos hasta ese momento, a alguien que desde este lado se hubiera animado a contarlas.

Si bien no habían pasado muchos años desde cada una de esas historias, comencé a pensar que, si de alguna manera no las escribía, con el tiempo iba a empezar a olvidarlas y cada vez iba a ser más difícil contarlas con la precisión que me hubiese gustado.

Pasaron algunos años más y no pude comenzar a escribirlo, hasta que nos comunicamos nuevamente con Fernando, entonces, el trabajo en equipo siempre me motivó más que el individual. Ese llamado fue en esa cuarta invitación que él me hizo para hacer la travesía junto a pacientes oncológicos al Valle de las Lágrimas en Malargüe, lugar de la caída del avión de los uruguayos en Los Andes. Finalmente le respondí que sí, pero iba a ser, como comenté, para además escribir un libro, este libro: "La Sociedad de Fernando". Sería la excusa, pero también la oportunidad, sólo faltaba realizar el viaje para comenzar a escribirlo, el resto estaba y sólo necesitaba ensamblarlo.

Mucha gente me dice: ¿qué especialidad más dura la que elegiste? Probablemente, todos tengan razón. De alguna manera algo me dice que **Dios te pone en algún lugar por algo**. Con el tiempo me hice menos devoto, el cristianismo que me profesó mi abuela de pequeño lo fui modificando por la filosofía y el libre pensamiento que se volvió sumamente racional, no tuve más lugar para todo lo relacionado al milagro. Pero siempre me quedó un resabio, al menos una luz sobre la cual pensar que estamos aquí para algo, y ese algo es nuestra constante búsqueda de la trascendencia.

Alrededor de 2015, la madre de un paciente, al preguntarme sobre la enfermedad y pronóstico de su hijo, visualicé que algo se repetía constantemente al iniciar con un paciente oncológico: "**¿Doctor, usted cree en Dios?**"

He tratado de indagar y evaluar mucho acerca de esa pregunta que hasta creería al ateo más acérrimo le costaría mucho contestar. La necesidad de que un ser

superior pueda guiar el accionar médico se da como un deseo constante en todos y cada uno de los pacientes y familiares. Y de este lado, más creyentes o menos, creo que en muchos momentos de nuestra historia junto a ellos hemos llegado a sentir esa necesidad de pedir ayuda para poder seguir adelante. El: “ojalá que Dios me ayude en esta”, creo que lo hemos llegado a decir todos y cada uno de nosotros.

En verdad lo que más me sorprende de todo esto tiene que ver justamente con los lugares y situaciones en los cuales Dios quiso que estuviera. Al decidir estudiar Medicina nunca imaginé que mi relación con los pacientes iba a terminar siendo una parte tan importante en mi vida. Creo, en mi fuero íntimo, además de la fascinación que me producía seguir una carrera como Medicina, también existía la idea de que no hubiera podido seguir otra cosa que no tuviera que ver con lo humanístico. Pero de la idea al hecho hay una distancia muy grande. Y créanme, el cómo aprender a relacionarme con mis pacientes sigue siendo una tarea para nada sencilla.

Tenemos una formación universitaria sumamente profesionalista, y de repente un día hay que empezar a dar un montón de respuestas para las cuales no fuimos preparados en ningún momento. El temor, la falta de respuestas satisfactorias, el enojo, el por qué a mí, y algo con lo cual lidiamos todos los días: la esperanza. El sentir permanentemente, aún sin palabras, esa demanda de: **“por favor doctor dígame donde se vende esperanza que necesito ir a comprarla ya”**.

Salimos de la Facultad con un pensamiento racional puro. Con el tiempo existe la necesidad de ir modificando nuestras conductas para poder llevar adelante nuestra labor diaria con los pacientes. De cómo nuestras vivencias nos llevan a modificar nuestra forma de relacionarnos con las personas es gran parte de lo que pretendo contar con estas historias de vida que me sucedieron en estos años. Las experiencias y circunstancias que nos tocan vivir junto a ellos terminan moldeando nuestro propio carácter, es algo inevitable.

Algo inevitable también es la batalla que libro en forma constante contra mi propia conciencia. Porque para seguir adelante luego de una historia con final triste lo que me ocurre en forma automática es intentar olvidarme de todo lo antes posible. Casi

sin quererlo, no recuerdo cuando fue que empezó a sucederme ese “*deleteo*” (borrado) inmediato. Creo que fue desde el momento que sufría con cada muerte.

Probablemente esto nos esté ocurriendo porque volvemos a sufrir todos los días con los pacientes, con sus preguntas, con sus dudas. Pero **¿cómo es posible no sufrir? ¿Quién es capaz de no sentirse afectado por todo esto?** Por favor, avísenme quien puede, así me dice su fórmula.

Todo comenzó allá al inicio de todo esto en el Hospital de Clínicas. Siendo residente de primer año viví de entrada, como en forma muy fugaz, en menos de 15 días se morían pacientes muy jóvenes de poco más de veinte años. Por supuesto que no eran mis primeras muertes como médico, yo ya había realizado mis tres años de Residencia completa en Medicina Interna. Pero en toda esa etapa no me había nunca golpeado la muerte como en ese entonces. Probablemente tenía que ver con esa juventud que rápidamente se iba, casi con mi misma edad. Ahí me di cuenta que la oncología era deliberadamente otra cosa. Pero, ¿qué iba a hacer? ¿Iba a poder seguir adelante con eso? Me reuní con un psiquiatra conocido del Hospital a plantearle mi problema y su respuesta fue tajante: “***Si sentís que no puedes con esto dedícate a otra cosa***”. Desde entonces traté de no mirar más para atrás. Me decía a mí mismo, como consuelo, que era la forma de poder seguir adelante con la vida.

Me pregunto si la vida nos preparó para vivir todo esto, para dar todas estas respuestas que exceden lo puramente científico. Porque es obvio que las respuestas que podemos dar no alcanzan. Estamos preparados para decir que el 100 % de seguridad no existe, y sabemos que es así. Entonces nos convertimos en ese alguien que no puede dar todas las respuestas y muchas veces generamos esa necesidad de otras opiniones, por supuesto serán iguales, y si no es así, entonces les están mintiendo a ellos, pacientes y familiares.

Con este libro intento poner final a eso. Volver para atrás, esta vez para poder seguir adelante hay que mirar el pasado. De alguna manera recorrer algunos puntos de mi vida junto a aquellos pacientes y familiares que dejaron una huella en mí.

No hace mucho empecé a ver un paciente nuevo, casi de mi edad, con diagnóstico de Linfoma. Su mamá me llamaba día por medio desde que se enteró de la enfermedad de su hijo. Lo único que me pedía era que por favor le dijera que su hijo iba a salvarse, que el pronóstico era bueno y que su curación era algo seguro. Todo esto entre llantos y permanentemente pidiéndome perdón. No es posible esto, no hay necesidad de mentir, todo lo contrario, la sinceridad siempre será mejor, y ayudará a construir una mejor relación entre médico-paciente y familiares.

Superar esa etapa inicial creo que ha sido y sigue siendo de lo más difícil que me puede tocar. Esa ansiedad que se genera y angustia a paciente y familiares me ha llevado a vivir situaciones muy complicadas. Lo único que puedo llegar a prometer es acompañarlos hasta las últimas consecuencias, y quizá en algún punto pueda llegar a servirle esto a alguien, pero en verdad no sé si con esto reconforto a alguno. De alguna manera creo que la frustración está presente desde el inicio y sólo queda ser optimista.

La idea de escribir este libro tiene que ver con intentar lidiar contra ese “*deleto*” que ya conté, y la falta de respuestas **¿Para qué seguir intentando algo que no tiene ningún sentido?** Volvamos para atrás, así podemos continuar para adelante.

4. Comienzo de la travesía

Son las 6 p.m. y me despido de Laura. Las nenas están en sus respectivos clubes donde practican sus deportes. Es el día jueves 29 de febrero del 2024. Estoy yendo a la casa de mi madre que vive en el centro. Desde allí me será más fácil abordar al resto del grupo que partirá a las 3 a.m. desde la plaza Independencia.

Es un hasta pronto, es una linda despedida, no es igual a otras. Voy a ir a un viaje donde voy a tener muchas ganas de volver a casa, pero eso lo desarrollaré más adelante.

Mi objetivo por ahora es que salga todo bien, que no me falte nada del equipo que tan cuidadosamente recolecté a lo largo de los últimos días escuchando atentamente a todas las personas con experiencia en *trekking* de montaña. Desde mi adolescencia sanjuanina que no he vuelto a realizar este tipo de aventuras. Las últimas las recuerdo muy bien, fueron junto a mi gran amigo, compañero de secundario y vecino Juan Pablo. Fue junto al Club Andino Mercedario, nuestros padres no tenían ni idea de a qué lugares nos dirigimos, eran otras épocas. No se necesitaba tanta preparación, íbamos con los equipos más rudimentarios del universo, pero qué bien la pasábamos. Esta vez, quizá por miedo a lo “desconocido” quise que no se me escapara ningún detalle. Físicamente confié en que prácticamente en toda mi vida nunca dejé de hacer ejercicios y deportes, casi desde pequeño junto a mis hermanos y amigos, fue como hacer de esa rutina parte de mi vida. Aún en las épocas laborales más pesadas que me tocaron siempre me dediqué a cuidar mi salud corporal, de alguna manera sentí que al mismo tiempo cuidaba la mental, y creo que ese sentimiento me preservó y me permitió llegar sano a mis 50.

Aunque era la semana que la travesía iniciaba, todavía no había hecho ninguna incursión para probar equipos, piernas y calzados. Fue el mismo lunes que al no tener que trabajar esa mañana me fui al famoso Cerro Arco, el cual se encuentra en la zona del Challao. Una subida de algo más de 1500 metros, pero con una pendiente más que interesante. Creo que la última vez que lo había subido estaba en la Facultad, y lo hice junto a un compañero de San Rafael que poco tiempo después abandonó la carrera y por eso no recuerdo su nombre. Sólo recuerdo, que para mí, había caminado ese día como nunca en mi vida, pero la vista de la ciudad de Mendoza desde la punta del cerro era alucinante. Esa Mendoza de la cual me enamoré desde tan pequeño me cautivaba

aún más observándola desde arriba. Fue lo mismo que me ocurrió ese mediodía de un día lunes, casi que la subida la hice solo encontrándome con no más de tres o cuatro personas que iban un día tan anormal para la rutina de Mendoza como ese. Mi subida y posterior descenso fueron sumamente cómodos, una buena señal para ir al Valle de las Lágrimas. Debían ser las clases de *cross fit* que tan bien le habían hecho a mi vida esos meses previos, aunque también esa vida infanto-juvenil transcurrida entre San Juan y Mendoza, entre montañas y piedras, a sólo unos cuantos minutos, al fin y al cabo, mi vida misma. Todo estaba en orden, seguía siendo un muchacho de montaña como siempre lo fui. La mirada desde la cima no cambió mi percepción: Mendoza estaba tan hermosa como siempre, mi querida Mendoza. Mi lugar en el mundo.

Finalmente, luego de revisar que tengo todo listo, la mochila, la bolsa de dormir, todos los accesorios y vestimentas que tan cuidadosamente recolecté en la última semana, estoy listo para partir. Todavía estoy en casa, es la tarde de un jueves, solamente llegó Laura, me hubiera gustado despedirme también de ellas, pero todo no se puede. Esas dos chicas, vaya si cambiaron mi vida. Al momento de escribir este libro Catalina tiene 18 y Agustina 15 años. Son tan diferentes y al mismo tiempo iguales. La mayor con personalidad más introvertida y con mucha inteligencia deductiva, la menor es todo explosión, liderazgo y una capacidad enorme para empatizar con el otro. No tendrán ningún inconveniente en avanzar en este mundo, ya tienen los valores bien fundamentados. Es sólo cuestión de cuidar y advertir cualquier tipo de desvío o amenaza. Son dos “Litas” que llegaron a mi vida.

Así entonces, unos minutos después es como llego a la casa de mamá y me instalo allí por muy pocas horas porque sé que prácticamente no podré dormir nada o sólo un poco. En breve Fernando me manda un mensaje para decirme que ya están acá y que nos vamos a comer algo al centro para dormirnos temprano, pero el reloj biológico sé que no me lo permitirá.

Nos encontramos en una pizzería de calle Sarmiento cerca de calle Belgrano donde me siento a esperarlos y en unos minutos llegan “Fer” junto a “Juano”, Martiniano (“Tuli”) y el otro Fernando que van a cumplir una tarea fundamental en este viaje. Es un encuentro maravilloso, como todo lo que ocurre siempre alrededor de “Fer”, es todo

alegría, es el empuje, la piedra inicial, y todos nos dejamos arrastrar por ese viento que es “Petra”. Nos quedaremos un rato más y pronto nos iremos a intentar dormir.

Al volver esas cuadras en dirección a calle España vamos a cruzar la Plaza Independencia, aquella que está situada entre las otras cuatro y en dimensión es la más grande. Allí intercambiaremos con Martiniano nuestras primeras impresiones del viaje, de lo que fueron y son nuestras vidas, nuestros proyectos y horizontes, el hacia donde vamos, y no tendremos dudas de que estamos ambos junto a las personas adecuadas para hacer lo que vamos a hacer. Otro socio más de la Sociedad.

Llego a casa de mamá y está jugando Godoy Cruz-Colo Colo de Chile por el pase a fase siguiente de Copa Libertadores.

Voy a intentar dormir, pero no será posible hasta cerca de las 00,30 hs., así que cuando el reloj suena a las 2,30 a.m. mi sensación es que no he dormido nada, y creo que no estoy equivocado pero la adrenalina hace lo suyo. En esa penumbra entre sueño y vigilia me termino de preparar para salir a buscar el auto y llegar a la plaza donde es el punto de encuentro.

Así llegamos todos a ese punto en la plaza frente al teatro Independencia, pacientes, médicos, guías, gran parte del grupo que viajará a “El Sosneado”, en Malargüe, desde donde se iniciará la expedición. Es todo alegría, es encontrarse con muchas personas nuevas. Finalmente conozco personalmente a los guías Eduardo “Tuiti” Molina y a Roberto “Gordo” López, ellos junto a “Luli” y “Rafa”, serán los “4 Fantásticos” de este viaje, nuestra estrella de Belén más de 2000 años después. Rápidamente Fernando va a terminar de dar los detalles finales de quienes van en cada vehículo y conmigo se vienen: “Juano”, “Tuli”, Francisco y Osvaldo. Es un grupo fantástico, ya desde el inicio. “Juano” y “Tuli” son los grandes amigos de la infancia desde Bahía Blanca de Fernando. Francisco es el encargado de la comunicación y medios que envió el Sanatorio Fleming, tiene 27 años (es la sangre joven del grupo), y Osvaldo, un paciente, que hoy tiene algo más de 60 años se sienta al lado mío de copiloto. “Tuli” y “Juano” tienen solo un par de años menos que yo, al igual que “Fer”, y yo estoy a un mes de cumplir mis 50 años. Es el día viernes 1 de marzo de 2024 y este viaje empieza así.

Sabrina y yo

Toda historia tiene un principio, un lugar, un momento. Lo primero que me viene a la mente es ese corredor de la sala de ingreso a Hematología en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires. Fue ahí donde comencé a dar mis primeros pasos en esto.

El inicio era espectacular, mejor imposible. La especialidad tenía todas las aristas y complejidades que me había supuesto de antemano. Era como empezar a aprender otro idioma, pero el desafío era increíble, y yo venía a comerme la cancha. Sin embargo, al poco tiempo comencé a darme cuenta que había otros aspectos que también eran difíciles de manejar, especialmente en lo que tenía que ver con la Oncohematología. Así como me enteré que esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Todo comenzó con una seguidilla de pacientes jóvenes que habían debutado con diagnósticos de leucemias agudas y que en pocos días sufrían complicaciones que los llevaban a la muerte. Era todo muy rápido, casi que no me daba tiempo a procesarlo, pero en muy poco tiempo pasaba de empezar a conocer a un paciente y a sus familiares, a de repente estar firmando el certificado de defunción. Inevitablemente el desasosiego iba en aumento, nadie me había dicho que esto iba a ser así. ¿Estaba preparado para algo como esto? ¿Y si esto no era para mí? Durante un tiempo estas dos preguntas no paraban de retumbarme en la cabeza. Fue así como un día tomé coraje para acercarme al servicio de Salud Mental del hospital. Allí me recibió un psiquiatra de planta muy amable que me invitó a pasar a una de las oficinas para escuchar mi consulta. Fue muy grande la sorpresa de ese profesional cuando registró que la consulta no era por un paciente sino por ese residente de primer año que acababa de pasar, y era yo. Luego de unos minutos de escuchar mi versión y transcurrir de los hechos, mis dudas, mis planteos; este profesional me dijo como manifesté antes: *“Si sentís que luego de transcurrido un tiempo no puedes lidiar con esto, no insistas con esta especialidad, eres muy joven y tienes toda una vida por delante. Estoy seguro que vas a encontrar aquello que te de felicidad en cualquier carrera”*. Justo y preciso, sin vueltas fue aquella consulta. El mensaje a casa era esperar un tiempo más y no empeñarme en hacer algo que dañara mi propia salud. Así comencé con esto, con esa incerteza.

A tantos años de aquel momento me pongo a pensar que sería sumamente lógico que todas aquellas instituciones con residencias médicas en especialidades como Oncología u Oncohematología, tuviesen apoyo desde las distintas áreas de salud mental. Considero fundamental que esos profesionales en desarrollo y que en breve van a estar a cargo de pacientes con enfermedades tan complejas, dispongan de esta ayuda cuando la necesiten. Recuerdo no hace mucho a una paciente que atendí por segunda opinión, quejarse de que el médico que la atendía la última vez la había recibido con “mala cara”. A mi respuesta de que todos los médicos tenemos derecho a tener malos días recuerdo que me dijo: *“ustedes no doctor, ustedes no pueden estar nunca mal...”*. Hay tanto por hacer en esta educación y relacionamiento médico-paciente. ¿Cuándo comenzaremos a deambularla?

Fue allí en todo ese torbellino que un viernes en la tarde, cuando ya no quedaba “nadie” en el hospital, durante uno de los tantos pases finales de informes de jornada de pacientes entre los residentes, que apareció ella en mi vida: Sabrina, la bella Sabrina. Su rostro juvenil, su mirada de enojo, su deambular tan particular, irrumpieron como una tormenta en nuestro servicio. Venía junto a su mamá (que madre tan adorable) con sus poco más de 17 años a hacerse atender en el Clínicas por una sospecha de leucemia aguda. Una leucemia más que llegaba un viernes en la tarde al hospital, una hija. Fue comenzar a practicar todos los estudios de manera urgente e internarla para comenzar a tratar a Sabrina, era sólo el comienzo. No era mi primera paciente con leucemia, pero si fue una que marcó mi vida, sólo esperen un poco más para entender a lo que me refiero.

Lo que siguió fueron muchas internaciones, todas en la misma sala, en la sexta. Porque ella siempre iba a querer que la atendieran allí donde estaba Fernando. Porque ya desde allí comienza mi sociedad junto a “Fer”. Y yo venía cada día a sacarle sangre, a contarle como venían esos análisis y como iban a continuar esas extenuantes quimioterapias. Y también hablaba mucho con su familia, que al poco tiempo ya era de la mía propia, porque esto siempre se desarrolla así, vamos todos juntos. Esa mamá al verme algunas de aquellas tardes con mi cara de cansancio y extenuación, en ese terrible primer año de residente de hematología con todo el hospital a cargo, me

buscaba para regalarme un chocolate, o un alfajor, *“algo para que recuperes fuerza querido Flavio”*, me diría esa mamá tan dulce.

Así siguieron muchos meses de angustia, de permanente vínculo, de sonrisas, pero también de muchos llantos. De esa todavía nena Sabrina, que sobrellevaba como podía todo lo que le ocurría, y yo igual, porque era sólo mi comienzo. Finalmente, un día la larga terapia llegó a su fin, al menos la parte más dura, y fue luego continuar en algo que se llama mantenimiento, con lo cual fue mucho más fácil el abordaje y la sistemática de seguimiento. Nos veíamos en el hospital de día, o en consultorio donde otros hematólogos del staff la seguían muy atentamente. Nuestras miradas cómplices, sólo con conectarnos así me decía ya una “Sabri” que había madurado en el lapso de muy poco tiempo: *“perdón Flavio por todo mi enojo, esa Sabrina no era yo, la verdadera Sabrina es esta”*. Claro que sí, nunca lo había dudado, pero Sabrina era todo, era la paciente enojada y también era la sonrisa más bella con sus ojos verdes enormes, y sería uno de los seres más importantes que me tocó cruzar en mi vida.

Así continuó mi Residencia en mi querido Hospital de Clínicas, allí conocí también a una residente de Medicina Interna, una tal Laura. No me dio mucha cabida de entrada, pero el destino iba a hacer que un tiempo después antes de terminar mi año de jefatura un día me dijera *“ahora sí”*. Pasaron más de 20 años desde ese entonces y hoy tengo dos hijas junto a ella; Catalina y Agustina. El problema fue que después que me dijera que sí, tuve que confesarle que tenía ya ganada una beca para ir a hacer una especialización a Génova, Italia. Unos meses después “Lau” vendría a visitarme a la mitad de mi rotación. La historia me tenía reservado allí un nuevo encuentro con “Sabri”, algo único e impensado, incluso la vimos junto a “Lau”, pero falta un poco para contar eso porque antes quiero contar mi historia con pacientes en Génova.

Mi llegada a Génova en ese verano del 2005 era un sueño. Significaba mi primera experiencia europea, además en mi especialidad, la que tanto amo y amaré, y en uno de los centros más importantes de trasplante de médula en el mundo, el hospital San Martino de Génova. Mi jefe, profesor y genial persona el Doctor Andrea Bacigalupo, consiguió hospedarme en el centro de acogida para familiares y pacientes

de la fundación AIL (*Associazione Italiane contre Leucemia Linfome e Mielome*) ubicada en el barrio Quinto. Mi llegada al lugar se convirtió en un momento inolvidable, me recibieron autoridades, pacientes y familiares. En el mismo piso del edificio, lo que iba a ser una estadía corta de unos pocos días hasta conseguir otro lugar, se convirtió en un lugar del cual no pude irme hasta mi partida. Rápidamente todas esas personas se transformaron en mi familia, mientras aprendía a mayor velocidad mi italiano, cada vez me sentía más parte de toda esa comunidad llena de italianos venidos de todas las ciudades que venían a hacer su trasplante al San Martino. No recuerdo ni una sola vez haberme tenido que hacer una comida para mí, porque durante todo ese tiempo era probar las pastas caseras de cada una de las regiones, los pescados mejores preparados, los mejores *antipasti*, *i dolci* caseros, los más increíbles que mi paladar haya probado nunca. Era totalmente familiar para mí poder hablar con ellos y dar mis respuestas sobre el deambular y mis impresiones sobre los mismos pacientes que me preguntaban, así como las dudas de sus familiares, jamás viví eso como una invasión a mi vida, todo lo contrario, yo convivía con ellos y eran mi familia. Me mostraban a sus hijos que estaban lejos de ellos mientras pasaban sus estadías, muchas veces incluso había videollamadas que en ese momento yo recién comenzaba a conocer. Recuerdo una pareja donde el marido era el paciente trasplantado y junto a su mujer me mostraban a su bellissimo hijo que habían logrado adoptar desde Ucrania, el nombre del hijo era Vittorio. Al nacer lo habían depositado en un contenedor de basura y desde ahí había sido rescatado para luego terminar formando parte de esta hermosa familia, era un canto a la victoria de la vida el significado de su nombre.

Había logrado contactar a Sabrina un tiempo antes de viajar, porque sabía que estaba viviendo en La Spezia, un pueblo muy cercano a Génova. Se había mudado hacia allí con el resto de la familia, su mamá y su hermano, junto a quien ya era su nuevo papá desde que la conocí, un italiano que iba y volvía a la Argentina en el momento que “Sabri” estaba enferma, una bellissima persona como lo era toda esa familia. Fue así que quedamos que iría a visitarla apenas pudiera. Habían ya pasado por lo menos dos años del final de su tratamiento por su leucemia y había andado todo bien. Sólo fue escribirle un mail y la dulce “Sabri” me respondió que apenas llegara le avisara.

Sólo pasó un mes desde mi llegada en verano a esa hermosa ciudad y un día le llamé para decirle que ya estaba. Sólo recuerdo esas palabras: “¿cuándo venís que te estamos esperando en casa?”. No había quedado nada de ese enojo, era todo dulzura, era otra vida de Sabrina. Apenas pude un fin de semana le avisé que iba y saqué un boleto de tren hacia la Spezia. Era un día con sol radiante, todavía hacía calor, y Sabrina me esperaba en el andén, sentada en un banco, me distinguió apenas bajé y vino corriendo a abrazarme, era encontrarnos nuevamente después de la odisea que habíamos cruzado. Estaba lindísima “Sabri”, había hecho un vuelco completo en su aspecto, los ojos eran esos verdes enormes de siempre. Fue subirme a su auto en el que vino a buscarme, y subir y subir en montaña hasta llegar a la casa donde habitaba su familia. Porque ella estaba en realidad de visita en ese momento, estudiaba en Pisa desde hacía un año al menos, así que había viajado el fin de semana.

El recibimiento fue uno de los momentos más inolvidables que quedarán por siempre en mi retina, su mamá, su papá, su hermano, y un montón de primos y tíos que me saludaban como el médico amigo de Sabrina. No podía dejar de hablar con todos y cada uno de ellos. Era mucha alegría, era sentirme en casa, pero en realidad estaba en la Spezia, Italia. Estaba con mi otra familia, una con la que habíamos transitado tanto pero tanto dolor, pero también una con la que veíamos lo que sucedía en ese momento, y era todo alegría.

Recuerdo ese asado, uno de lo más parecido que se podía tener al que se hace en Argentina. Y también esos vinos de autor, los que tan frecuentemente se hacen en cantina (en italiano es bodega) de la propia casa. Luego fue ir a pasear un poco por la Spezia y dejarme en la estación para volver a Génova con la promesa de pronto volver a vernos. Vaya si no fue así, en los meses siguientes le presenté a mis amigos que estaban jugando el hockey sobre patines en Viareggio. También vino a Génova porque jugaron los Pumas que luego serían terceros en Francia en 2007. Fue un partido contra Italia. Esa noche, además, fuimos a hacerles un asado al mismo hotel donde paraban junto a otros amigos en donde estaba también mi querida Coni, una gran escritora que hoy vive en España. También con Laura cuando vino a visitarme fuimos a ver a Sabrina a Pisa y conocimos el departamento donde estudiaba. Tuvimos muchísima interacción

esos meses, y ya para mí era la paciente que pasaba a formar parte de mis amigos. Una de tantas historias que nos toca a los médicos transitar y que a la vez es tan bello.

Al final de mi rotación fue cuando sucedió lo impensado. Un llamado una mañana cuando estaba trabajando en el Servicio de Trasplante del Hospital San Martino. Era nuevamente la mamá de “Sabri”, algo estaba sucediendo, similar a cuando hizo su debut de su leucemia. Fue revivir todo, porque inmediatamente la hice venir al hospital para que la examinaran y lo que temíamos se hacía realidad, su leucemia había vuelto. Hablamos con mi jefe el profesor Andrea Bacigalupo, una eminencia en el mundo del trasplante de médula a nivel mundial, y nos aclaró que el objetivo sería avanzar al trasplante con su hermano que había resultado ser compatible cuando los estudiamos en Buenos Aires unos años atrás. Claro que las posibilidades de cura ya disminuían por su condición de recaída, pero sonaba como la única posibilidad cierta aún hoy. Fue hablar con todos y explicar mucho sobre la estrategia, incierta, pero al menos posible. Faltaba poco para mi retorno a Argentina. No llegaría a ver el final del proceso. Quizá era mejor que el destino hiciera que no me quedara hasta ese final. Al poco tiempo de llegar a Buenos Aires me enteraba que las noticias no eran buenas, el trasplante no había sido exitoso, Sabrina lidiaba con una enfermedad que ya se transformaba en irreversible. En ese final, una historia de amor conmovedora, quien había sido su novio hasta su partida a Italia la fue a ver sabiendo su desenlace, y en un acto que jamás nadie hubiera imaginado pidió casarse con ella, quizá para llevarla a la eternidad con él, el amor es así, no tiene explicación. Tengo todavía la tarjeta que me enviaron agradeciéndome todo el apoyo y acompañamiento durante todos esos años.

Al día de hoy sigo preguntándome por qué a mí. Cómo pudo sucederme estar en dos lugares en el mundo coincidiendo con Sabrina, su leucemia, su evolución, para terminar así. ¿Dios te pone el algún lado por algo? No lo sé, la única certeza que tengo es que Sabrina fue una de las almas más bellas que me tocó conocer en mi vida. Lamentablemente todo ese ímpetu y juventud se vieron interrumpidos por el destino de esa enfermedad, pero vaya si dejó huella en cada uno de nosotros que nos tocó interactuar con ella.

No sé si alguna vez la familia de “Sabri” logrará leer lo que escribí en este capítulo, no me quedaron sus contactos. Pero si alguien lograra saber de ellos no duden en transmitirles mi agradecimiento. Sólo nos queda aceptar como sucedieron los eventos, sólo eso. El destino no fue justo.

El primer día. La llegada al campamento

Salimos en los vehículos desde ciudad de Mendoza rumbo a ruta 40 para llegar a Malargüe de madrugada. Es una hermosa noche para manejar, el diálogo conjunto empieza a fluir entre todos: Osvaldo, “Juano”, “Tuli” y Francisco. “Fran” es venezolano, pero hace 9 años que vive en Argentina, es un enamorado de nuestro país. Se recibió en Edición y Diseño en la Universidad de Palermo y como comenté viene como encargado para la comunicación del Instituto Alexander Fleming.

Me encanta estas historias múltiples. Tenemos cierta similitud generacional con “Tuli” y “Juano”, con quienes voy a trabajar en conjunto a Cristián (“Cher”), a quien voy a conocer en un par de horas y se convertirá en uno de los mejores amigos que me dio este viaje. Osvaldo nos cuenta de su actividad como profesional independiente, de su historia con su cáncer de colon que superó hace unos años y todos los cambios que a partir de allí hizo, es una historia fascinante, es un ser sumamente inteligente. Nos cuenta de sus hijas, y al pasar deja deslizar que está esperando un mensaje de una de ellas, pero no nos termina de completar la frase así que lo dejamos correr.

El viaje realmente se pasa sin darnos cuenta y ya estamos todos en la estación de servicio de “El Sosneado”, última parada en autos para de ahí subirnos a las camionetas que nos llevarán hasta el puesto de baqueanos a orillas del río Atuel. Es así que nos distribuyen en distintas camionetas y ahí conozco a Cristian que viene al mando de una de ellas. Ha viajado desde Bahía Blanca y hecho noche ahí, en Malargüe, para esperarnos junto tantos otros que vienen desde otros lugares y que decidieron pasar la noche en San Rafael o Malargüe. El grupo es numerosísimo, empieza todo el ordenamiento por parte de los guías Eduardo “Tuiti”, Roberto “El gordo”, “Luli” y “Rafa”. Son los cuatro guías que nos acompañarán, aconsejarán, mimarán, y todo lo que termine en “an”, porque sin ellos esto no hubiera sido imposible.

Será en esos momentos cuando nos subimos a las camionetas y nos quedamos sin señal, que en ese último instante Osvaldo nos cuenta que le llegó tan ansiada noticia, va a ser abuelo por primera vez, una de sus hijas está embarazada. Es enorme su alegría y además contagiosa al resto del grupo que vamos en la misma camioneta conducida por “Cher”.

Pasan unos minutos y después de entregar nuestras bolsas de dormir cuidadosamente cerradas en bolsas de consorcio porque van a ser subidas por los arrieros, nos subimos con nuestras mochilas a las distintas camionetas. Ya ahí empiezo a escuchar la suave voz de “Cher”, mide casi un metro noventa, pero tiene la voz de un chico adolescente. No tardaré mucho en empezar a dialogar y volcar temas, empiezo a sentir la adrenalina de la previa, y “Cher” me adopta para empezar a divertirse y les dice a todos: *“no sabía que traían una radio”*. Es el comienzo de algo grandioso, no tengo dudas que este viaje va a tener mucha diversión.

Si alguna vez alguien pensó que hacer amigos es sólo algo que puede suceder hasta cierta edad y que luego de eso se cierra esa posibilidad, déjenme decirle que está muy equivocado. La clave es estar siempre abierto porque el mejor amigo siempre está por venir. Sin embargo, también debo decir que una de las grandes fortalezas de mi salud global han sido los amigos que he logrado cultivar a lo largo de mi vida. Ellos y mi familia han sido los pilares sobre los cuales me he sostenido para encarar todos los proyectos que he desarrollado en mi vida. Incluso en este viaje tengo detrás a varios de ellos que me están enviando mensajes de apoyo porque saben de la importancia que esta travesía tiene para mí. Unas horas antes mi querido “Beto” me ha escrito para decirme lo orgulloso que está de mí y de cómo he encarado este emprendimiento. Esos son los amigos por los cuales vale la pena siempre invertir, porque invertir en amigos es invertir en uno mismo.

También he recibido un encantador mensaje por parte de mi padre. Esta nueva oportunidad que nos llegó ya desde hacen varios meses atrás fue grandiosa. No creo que exista otra persona en el mundo que conecte emocionalmente conmigo como papá. Y nos habíamos perdido los últimos años de eso que nos hacía tan bien. A la distancia en kilómetros de Mendoza a San Juan también le habíamos agregado otra que era la falta de horas de conversación y podernos contar todo lo que nos había pasado en todos estos años. Vaya si lo necesitaba, y él a mí. Pero por suerte nunca fue tarde y logramos volver a conectarnos, nada había cambiado entre nosotros, yo seguía siendo su niño, su adolescente, y él seguía siendo ese padre joven que solo me lleva poco más de 20 años de diferencia, ese que siempre estaba pendiente de mí.

El viaje son unos 60 kilómetros de camino de ripio, ya cuando está aclarando el día llegamos al punto de partido: el puesto de baqueanos a orillas del río Atuel. Será el lugar donde todos bajaremos a saludarnos y empezar a conocernos, son muchas personas, es todo alegría, es el comienzo de algo nuevo. Rápidamente Fernando y el resto de los guías nos empiezan a organizar. "Tuiti" toma el comando ya desde el inicio, ordena cómo debemos ir preparándonos para la partida. La carga de mochilas, todo el resto del equipamiento. Fernando baja unas cajas donde nos da a todos unas gorras con el logo de la travesía que repartimos entre todos. Tomamos y comemos algo en forma rápida y esto comienza allí. A comenzar a bordear el río en distintos grupos hasta encontrar el mejor lugar para cruzar los brazos de ese extensísimo primer río.

Caminamos todos en distintos grupos siguiendo un sendero y llegamos al lugar del cruce, la corriente es adecuada así que se podrá realizar a pie. Nos cambiamos las zapatillas para colocarnos las de "badeo" (así se les llama en la jerga de montaña las que se mojan) y comenzamos a cruzar. El agua está helada y ciertos tramos son muy correntosos. Comenzamos ahí a trabajar con los distintos grupos para indicar el camino y cruzar en forma que la corriente no los arrastre, apoyando los bastones en el fondo del río y dando un paso y después otro. Son muchas personas así que ese primer cruce demanda un tiempo largo hasta que todos pueden llegar a atravesar las casi cuatro ramas.

Del otro lado llega un momento en que ya estamos todos y podemos continuar la travesía. Incluido los arrieros con sus caballos que van a ser tan fundamentales en este viaje. También aparecen otros seres extraordinarios que nos acompañarán todo el viaje: los perros. Son increíbles, van a cuidar de nosotros, van a ser nuestros compañeros más fieles hasta la cima y de ahí hasta el retorno.

Es el momento de las primeras conversaciones, de formar parte de un equipo donde estamos todos confluyendo y apoyándonos. El viaje recién está empezando, el sol ya está a pleno coloreando la montaña frondosa y tiñendo el río de ese color azul, verde y violáceo. En un punto nos preguntamos cómo podemos ser tan afortunados de estar viviendo esto juntos. El trayecto está apenas comenzando y el paisaje es tan majestuoso. El camino posterior al cruce del río es prácticamente la única parte del

viaje a campo abierto, lleno de una vegetación sumamente hostil, no paramos de pincharnos todo el tiempo espinas a medida que avanzamos. La montaña se ve aún lejos, pero sabemos que en realidad está cerca, es sólo una ilusión, pronto ya estaremos todos en ese sendero ascendente e interminable.

Es así que en una de las pausas conoceré a Paula, una paciente que me cuenta sobre cómo hacían campamento en su adolescencia. Yo le cuento que mi primer campamento fue a los 3 años en el terremoto de San Juan del año 1977. Tuvimos que pasar una semana afuera de las casas con mis abuelos y mi madre por las alertas de réplicas que estaban anunciadas. Ese día Paula cumple 49 años, fue a festejar su cumpleaños a la montaña.

En un momento me doy cuenta de que un perro está delante nuestro todo el tiempo acompañándonos y haciéndonos de guía. Como no sé su nombre lo voy a llamar "Twain", el primer perro que tuve en mi vida cuyo nombre era un homenaje a Mark Twain. Toda esa bibliografía que mi abuela "Lita" se encargó de enseñarnos desde que nací.

Luego de unas horas de recorrido y en pleno sendero montañoso llegará el punto de recarga de agua en una de esas vertientes tan cuidadosamente elegidas para el aprovisionamiento. Son muchas personas y algunos cuantos están mostrando signos de mal de montaña, con cefaleas, mareos, malestares diversos que son claramente signos de la altura. Es en ese momento cuando el equipo de Fernando debemos empezar a trabajar, desde bien temprano. Una, dos, cuatro, hasta seis o siete personas y el viaje recién comienza. Es mi primer viaje por lo que mi pregunta a Fernando sale de forma natural: "*¿es normal "Fer" que tengamos tantos apunados tan precozmente?*". Él me responde: "*no, esto no nos pasó nunca así que a laburar e insistir con la hidratación, el ritmo y la respiración*". Listo, no hacen falta más aclaraciones al respecto. Vamos a trabajar.

En esa cascada voy a conocer a Sandra, la periodista que nos acompaña para documentar el viaje. Es increíble, cuando al conocernos, cómo de repente surge nuestras amistades en común y que en ese mismo verano en la costa atlántica de casualidad no nos cruzamos. De repente y en un momento cuando prácticamente

todos han abandonado ese lugar me encuentro sólo con Sandra y la veo a punto de desvanecerse así que la hacemos recostar para que se recupere. También ella está afectada por la altura. Vamos a esperar un poco. Van a llegar en breve “Fer” y “Luli” (una de las guías) para ayudarla y de a poco se va a ir reponiendo por suerte.

Es en ese el único punto donde vamos con “Fer” a avanzar solos por un cierto tramo para esperar a las chicas que van a ir más despacio. Será nuestro único momento de intimidad entre los dos amigos que somos de tantos años, porque todo lo que sobrevendrá será más trabajo y mancomunado para con el resto. Nos diremos muchas cosas en esos instantes, pero sobre todo prevalecerá mi agradecimiento porque ya me estoy dando cuenta de forma tan inicial que este viaje está de alguna manera significando algo completamente en mi vida. “*Te lo dije Flavito*”, son las palabras de “Fer”, tan asertivo.

Luego de unos pocos momentos de paso lento las chicas nos alcanzan, Sandra se recuperó y podemos seguir camino. Vamos a pasar unas montañas más, unos senderos con lagunas artificiales increíbles de colores que jamás me hubiese imaginado ver. Seguiremos hasta una explanada donde todos vamos a bajar mochilas para aprovisionarnos y mirarnos a las caras. El entusiasmo es contagioso y sabemos que estamos en el medio de algo muy trascendental. Pacientes, médicos, guías, arrieros, amigos, todos estamos comprometidos en una causa que nos supera, atentos al otro, es una acción que se reiterará a lo largo del viaje, no hay nadie que esté ajeno al prójimo, es la unión de la montaña, algo que en muy pocos lugares pueda llegar a darse tan fuertemente como allí. Hay personas que siguen mostrando dificultades y por lo que han necesitado pasar trayectos a caballo, pero la esperanza es que puedan superar esta primera parte de aclimatación y lleguemos todos bien al campamento del Río Rosado, la estación intermedia donde descansaremos hasta el día siguiente, para continuar el viaje.

Se retoma el trayecto y nos vamos a poner nuestras mochilas y a seguir caminando y acompañando, porque de eso se trata, de ir juntos en esto que es el viaje de nuestras vidas. ¡Son tantos los pensamientos que me afloran en esta etapa previa a la llegada al campamento! ¿Cómo llegué hasta acá? ¿Cómo sigue mi vida después de

esto? ¿Hice bien las cosas? ¿Tomé las decisiones correctas siempre? Son algunos de los pensamientos e interrogantes que me plantea la montaña, es un viaje a mi interior, es una introspección que muy pocas veces va a poder darse en mi vida. Por alguna razón esa majestuosidad, esa circunstancia que se me presenta allí me va a llevar a indagar en mi propio ser. Las dudas también forman parte del viaje ¿Seguiré sintiéndome bien todo el camino? ¿Sentiré apunamiento en algún momento yo también? ¿Y si le prometí a Fernando venir a ayudar, cómo voy a hacer si empiezo a sentirme mal yo mismo? Llega un momento en que es necesario decir basta a todos esos pensamientos negativos, y concentrarse en una perspectiva optimista para irradiar a los demás, porque al fin y al cabo de eso se trata este viaje, es en uno mismo donde debe prevalecer la buena vibra y contagiarla.

En una parada previa al campamento, me voy a poner a conversar con los guías “Luli” y el “Gordo”. A ambos les comento que es un enorme acto de amor el que hacen. Que esto es lo más parecido que he visto a la tarea del médico, solamente dar y no dejar de hacerlo. “Luli” me dirá que nunca lo había razonado desde ese punto de vista hasta ahora. Sin embargo, me relata que mucha gente a la que guía, siempre la ve en estas travesías como una madre, la mamá protectora de la montaña. Esa es la tarea de “Luli”. De repente se acerca el “Gordo” y me agradece estas palabras, porque me cuenta que ese tipo de expresiones no las logran ellos plasmar. Me cuenta, además, que esta expedición para ellos es muy especial, distinta, lo toman como “La Expedición” del año. Seguramente será porque requiere más esfuerzo, pero asimismo es la que más los retroalimenta.

Seguimos caminando y luego de casi 6 horas de trayecto llegamos al Rosado. Es el último río a cruzar antes de llegar al campamento. Nuevamente debemos cambiarnos las zapatillas para cruzar, pero como es la última estación de mojarse lo tomamos con entusiasmo. Ya estamos llegando, el horario es alrededor de las 18 p.m., queda todavía luz. Cuando nos aproximamos al río los guías nos dicen que por el momento la corriente está muy fuerte, así que para mayor seguridad cruzaremos a caballo. Es así que el cruce se hace más lento, pero finalmente vamos a llegar juntos del otro lado sin problemas donde nos espera ese oasis de carpas. Finalmente hemos

llegado al final del primer día, tarea parcial finalizada, sanos y salvos, extenuados por la adrenalina y los inconvenientes del primer día, pero muy felices por lo logrado.

La llegada al campamento, como dije es de mucha alegría, nos cruzamos con otros senderistas que están también haciendo esta excursión junto a otros grupos, y también algunos que van en cabalgata. Los guías “Tuiti” y el “Gordo” nos avisan que tenemos que distribuirnos en grupos para armar las carpas. Hay un domo gigante como para 20 personas donde irán las mujeres que entren, y los demás buscamos carpas para armar. Es un momento muy divertido, creo que la última vez que armé una carpa debo haber tenido 20 años y estoy a punto de cumplir 50. Nos acercamos con “Tuli” y “Juano” y empezamos torpemente a armar una carpa para tres. Es fantástico, es todo aprendizaje inductivo, también al mismo tiempo les ayudamos a unas chicas que están al lado nuestro. Parecemos profesionales del armado cuando hace apenas cinco minutos no sabíamos ni lo que era un cierre, o una estaca.

Antes de la comida “Tuiti” nos va a pedir a todos que nos reunamos para decirnos algunas palabras de lo que ha sido el viaje hasta acá y de lo que seguirá mañana. Lamentablemente hay dos compañeras que no están en condiciones para seguir hasta la cima y deberán quedarse en el campamento. Es algo lógico y entendible dado las condiciones en las que han llegado hasta allí pero no deja de hacernos sentir un dejo de tristeza puesto que deseábamos que no quedara ninguno sin lograrlo. Hay que aceptar que no todo se puede, que los límites existen y la montaña lo hace saber. También “Tuiti” comenzará a contarnos algunas historias de los sobrevivientes, luego de tantos libros leídos, documentales, películas hechas al respecto, no paro de deslumbrarme mientras me sigo enterando de cosas nuevas, o que no conocía tanto. La primera vez que leí el libro “Viven” tenía sólo 18 años, estábamos en primer año de la Facultad de Medicina junto a quienes serían de los mejores amigos de mi vida, compañeros de departamento, de carrera, y de la vida, “Beto” y “Guille”. El libro fue pasando de uno a otro sin dejar de ser leído, era el momento del debut de la película y nadie quiso perderse ningún detalle. Antes de salir a esta excursión se había estrenado “La Sociedad de la Nieve” que competía por el Oscar a mejor película. Además, me había hecho de un ejemplar del libro en inglés de

“Viven” con el cual volvían a emerger todos los recuerdos. Pero la introducción de “Tuiti”, la forma de contar la historia, tiene otra dimensión que es sumamente atrapante y promete más detalles que al día siguiente vamos a develar una vez que estemos en el memorial.

Están ya los arrieros preparando el asado que se va a comer esta noche. Así que una vez todos acomodados vamos a salir de las carpas a conversar y ver cómo estamos. Un detalle que nos estamos acordando es que no tuvimos en cuenta a “Cher”, así que nos lamentamos durante unos minutos por el olvido, pero nos decimos a nosotros mismos que seguramente debe ya haber encontrado lugar. Pronto nos encontraremos todos hambrientos y con necesidad de empezar a comer, así que apenas empieza a repartirse las bandejas de carne todos estamos ya comiendo esos vacíos de cerdo y de carne vacuna, armando nuestros choripanes, y demás. Si hay algo que nos identifica en esta parte del mundo es que la comida es el asado, aunque por supuesto hay opciones vegetarianas que “Tuiti” se ha encargado de traer meticulosamente en formato de tartas que también se distribuyen.

Estamos muy cansados y con toda la expectativa del día siguiente, lo que viene, la ansiada llegada al avión. Nos vamos a ir despidiendo lentamente cada uno de los comensales para dirigirnos a nuestros lugares de descanso. De repente me veo que estamos los tres: “Tuli”, “Juano” y yo, unos pegados al lado del otro casi sin poder movernos, pero el cansancio es tal que no voy a tardar mucho más tiempo en dormirme, además mañana antes de las 6 a.m. debemos estar todos listos. Las risas, anécdotas, no van a cesar durante unos minutos con esos dos amigos de “Fer” que ya pasaron a ser también míos. Nos tranquilizamos que “Cher” está bien y encontró lugar para dormir, “no íbamos a poder descansar ninguno sin saber que él estuviese bien”. Es el fin del primer día, me estoy dando cuenta que prácticamente no duermo desde hace al menos 36 horas, la salida desde la plaza Independencia fue a las 3 a.m. y no logré dormir nada en lo de mi madre, como comenté antes, estoy pensando en eso hasta que sólo veo penumbra, y nada más.

7. Fernando y yo

Había contado que con Fernando nos conocimos en ese año 2001, tan trascendental para la vida de todos los argentinos. “Fer” cursaba el primer año de residencia de Medicina Interna en el piso once en la sexta Cátedra, y yo comenzaba mi primero en Hematología en el tercer piso. La conexión fue instantánea, no tardamos demasiado en coincidir en tantos aspectos de la vida, los desafíos, la búsqueda de la excelencia, el valor de la amistad. Fue así que comenzó algo que hoy ya tiene 25 años de antigüedad. Una vida entera.

“Fer” venía de Bahía Blanca, el menor de tres hermanos varones, su padre había fallecido cuando él era muy joven. Se había recibido de médico estudiando en la facultad de La Plata. Me contó que desde edad muy temprana empezó a deslumbrarlo la práctica del triatlón a la cual no había nunca abandonado. El otro gran amor era el básquet, propio de todos los que habitan en Bahía Blanca, incluso uno de sus hermanos ya se perfilaba como futuro entrenador.

Mientras escribo esto pienso que esa era la época en la que se empezó a gestar la “Generación Dorada” de básquet, la que considero es la mejor de todas las selecciones argentinas que haya existido. Talento, amistad, corazón, mucha inteligencia la que desplegaron esos muchachos para estar más de quince años en la élite con medalla de oro olímpica incluida. Tanto para aprender de ese grupo, y para poner en práctica si queremos ser un país distinto. Mi homenaje a mis campeones eternos: Ginobili, Scola, Nocioni, Oberto, Delfino, Montecchia, Sánchez. Parece una selección italiana, pero no, es nuestra, muy nuestra.

Por alguna razón en este capítulo las palabras salen de manera muy fácil, como lo ha sido toda nuestra amistad, una que fluyó siempre, una sin dificultades. Conocer a Fernando significó en esos cuatro años viviendo en Buenos Aires, contemplar la grandeza del otro, recibir todo el optimismo y generosidad, y ayuda constante. Eso ha sido Fernando todos estos años de mi vida.

Esa etapa la recuerdo como una de las más felices de mi vida. El Hospital de Clínicas, un hospital donde el residente tiene un rol fundamental. Las visitas a las

distintas salas, las guerras de “*papers*” (artículos científicos) entre nosotros para mostrar quien tenía más evidencia en el uso de una u otra terapia para un paciente. Recuerdo como con Fernando nos embarcamos en eso de una manera abismal, comenzábamos nuestro crecimiento exponencial sobre lectura crítica. No sabíamos a donde nos estaba eso llevando, pero claramente visto al día de hoy debemos ser unos agradecidos que tomamos ese camino por lo que impactó en nuestras carreras.

Al finalizar primer año de la Residencia me quedé sin departamento para alquilar, y ahí Fernando me invitó a vivir con él en el pabellón de residentes del hospital ubicado en el octavo piso. Era una habitación gigante que habitaba él solo, decorada con montón de posters de bandas de rock, ambientado en la cultura *surfer* que tanto Fernando amaba, era un viaje al mar. Creo que deben haber sido unos cuatro meses, pero que parecieron mucho más. Ahí fue donde afianzamos nuestra amistad porque supimos cómo era el otro en el día a día.

La vida hizo que en mi caso conviviera con más de quince personas en los distintos lugares que habité en mi etapa de universidad y residencias, o sea, me adapté a todo tipo de personas y debo decir que soy un agradecido de todo lo que aprendí de cada uno de ellos, me hizo un ser adaptable, pero por sobre todo un ser sociable. Pero con “Fer” era divertidísimo y al mismo tiempo desarrollamos una confianza que me hizo ver al Fernando que iba a ser en el futuro. El que iba a crear unos años después “La sociedad de Fernando”. No hubo forma que le escapara a ese destino, todos los que conocimos al Fernando de esa época no tenemos ningún inconveniente en decir que era algo previsible. Dotado de una enorme inteligencia, una capacidad de trabajo inigualable y pura tenacidad.

Pasaron los años posteriores a la Residencia y yo después de mi paso por Italia para una etapa de mi especialización, me volví a Mendoza, Laura se vino conmigo. Ella, había sido también compañera de Residencia con “Fer” pero de otra cátedra (todo tiene que ver con todo). Nunca dejamos de estar en contacto, cada viaje a Buenos Aires era una visita obligada a encontrarme con él. Así pude seguir todos sus movimientos en el crecimiento en Oncología mamaria, que era en lo que cada vez más se especializaba. También a su reingreso al mundo del ultramaratonismo que lo llevó a

correr de manera consecutiva y completar seis veces el Espartathlón, una carrera que une Esparta con Atenas de 230 kilómetros en más de un día. Una locura, pero no para Fernando, que ya llegaba un punto que lo tomaba como un modo de vida.

Al fin y al cabo, es terapéutico realizar cualquier tipo de proyecto de vida que implique esfuerzo, dedicación y constancia. Los proyectos son los que nos salvan y los que nos dan vida para afrontar las dificultades que se nos plantean a los médicos a la hora de vivir las etapas más difíciles con nuestros pacientes. De alguna manera de eso se trata este libro, de aprendizajes para poder volcar en los pacientes lo mejor que podamos brindarles, y que no sólo tiene que ver con las terapias. Está también el costado humano, el acompañamiento, y vaya si Fernando aprendió sobre esto a lo largo de todos estos años. Todos esos entrenamientos, viajes, lecturas son los que nutren para ser una mejor persona y volcarlos al otro, a nuestros amigos, a nuestros familiares, y a nuestros pacientes.

Ahí entran dos pilares que con “Fer” hemos coincidido siempre, que son aquellos en los que te puedes apoyar para avanzar en los proyectos: la familia y los amigos. Tan fácil y a la vez tan complejo, cómo lograr ese equilibrio entre trabajo, tiempo libre, y demás quehaceres es la gran incógnita que nos mueve el día a día, y con lo que intentamos siempre lidiar. Cada vez hay más estudios que demuestran lo importante que es para la salud mental la vida sana relacionada al ejercicio, alimentación y tiempo compartido con amigos. Es algo a lo que me he dedicado a estudiar muy profundamente en estos últimos años y no ha hecho más que darme cuenta que todo lo que pregonaba Fernando desde que lo conocí era un compendio de todo esto. El círculo se vuelve virtuoso y además no retrocede, avanza constantemente y llega un punto de no retorno, porque mientras más lo cultivas, más férreamente lo defiendes como modelo de vida.

Fernando supo construir su propio hogar alrededor de todo eso, junto a Eugenia, su esposa, y sus hijas Lula y Renata, todas bellísimas personas que han sabido ser su sostén, pero al mismo tiempo han tenido la dicha de tener un marido y padre así. Uno distinto, uno no convencional, pero uno que vale la pena, con otra significancia. No se trata de qué padre me tocó, o qué hijas me tocaron, sino de qué hijas uno construye, y

a cuánto escucho a mis padres, porque no es generación espontánea. El ser padre, y el ser hijo, hemos cada vez aprendido más que tiene mucho trabajo encima. Somos responsables de una generación de chicos fantástica, pero que también tienen muchas demandas e interrogantes, y lo mejor que podemos hacer es acompañarlos en su crecimiento de la mejor manera posible. Tener un padre como Fernando creo que las desafía a Renata y a Lula a ser mejores personas, y a no perder nunca de vista los proyectos que ellas se marquen, que al fin y al cabo son el modo de vivir de “Fer”.

Párrafo aparte para “Euge”, una mujer grandiosa, con quien no tengo más que lugares comunes y coincidencias permanentes. Volvemos a lo mismo, es “La sociedad de Fernando”, formamos parte de esto y sabemos perfectamente la dirección tomada. Es un rumbo a seguir.

Cuando comenzó a idear este plan de llevar a pacientes a la montaña al Valle de las Lágrimas no dudé nunca en decirle que me parecía una excelente idea. En ese momento creo que Fernando se sorprendió, porque era quizá una de las pocas personas que no lo consideraba una locura, hoy es más fácil decir que era una idea adecuada después de seis expediciones y más de cien pacientes llevados. Creo que la idea tiene como fortaleza el mensaje de decir “si se puede”. El valerte de un objetivo es fundamental para la vida de todos y cada uno de nosotros, y ni hablar para la de un paciente que le toca transitar por la experiencia del cáncer. Fernando supo ver ese detalle y lo llevó a un nivel superior, a un viaje que ya tiene documentales, notas periodísticas de todo tipo, y ahora tendrá también hasta un libro.

Me gustaría finalizar este capítulo diciendo que hay personas que son una inspiración, y creo que Fernando reúne esa condición sin lugar a dudas. Al momento de escribir esta novela no he logrado encontrar en ningún lugar del mundo que se haga este tipo de experiencias llevando a la montaña a personas con cáncer de una manera como la que se hace en este *trekking*. No es uno para nada fácil, requiere un entrenamiento duro y al mismo tiempo una preparación mental adecuada.

Creo que Fernando lo logró, disparó una experiencia distinta, una que no tenía antecedentes, y eso generó un montón de expectativas de vida que van mucho más allá del cursado de una enfermedad como es el cáncer. A mi entender, es un punto en

la vida, puede ser incluso un principio de algo nuevo, superador, y hasta llevarte a un cambio en tu manera de ser. Seguramente habrá muchas más conclusiones de lo que significan estas travesías, pero las seguiremos descubriendo con el correr del tiempo. Yo todavía las sigo procesando.

1. El segundo día, la llegada al memorial

Es el día sábado 2 de marzo, todavía no son las 6 a.m. y estamos levantados y listos para afrontar el tan ansiado ascenso. Llegó el día, acá es donde quería estar, en este escenario, con esta gente, con estos amigos nuevos. Está todo muy oscuro y terminamos de revisar todas nuestras pertenencias, qué cosas llevamos y qué dejamos dado que vamos a volver al mismo campamento al final del día. Nos informaron la noche anterior que van a ser alrededor de siete horas de ascenso y seis de descenso. Nos recomendaron que incluso podemos compartir mochila con otro compañero y así alivianar la carga de equipaje, que conlleva también los dos litros de agua que debemos llevar por persona. Las miradas se cruzan, los interrogantes, la ansiedad nos precipita a estar todos listos y preparados para este zarpar. No hay baños, no hay luz, no hay ningún tipo de comodidad, sólo hay muchas ganas de llegar a ese lugar tan sagrado.

En la salida por esos senderos casi indescifrables empiezo a pensar en cómo será esa llegada: “¿voy a llorar? ¿qué voy a hacer apenas llegue? ¿en quiénes voy a pensar?”. Son tantos interrogantes y esto apenas comienza. Así que intento concentrarme en mantener el paso y estar atento al grupo, volver a tomar la responsabilidad adecuada, preocuparme por el resto. Sé que para esto vinimos, y a esto vamos, formamos parte de un grupo, aunque no está mal pensarse a uno mismo, porque esos espacios de reflexión deben también formar parte de este viaje y nos van a ayudar a crecer. Cada uno lleva su propia montaña, lidia con su presente, de esto se trata.

La caminata comienza a un muy buen ritmo y los primeros albos de luz dejan entrever los increíbles paisajes, con lagunas escondidas de los colores más diversos. Son infinitos horizontes, intentamos divisar donde estamos, pero es el medio de la cordillera, todo puede suceder. Es inevitable que llegue un punto donde vamos a pensar en esos sobrevivientes. Esos 16 chicos, que ahora son todos adultos mayores, algunos ya no están. Qué mensaje tan increíble le dejaron al resto de la humanidad, prefiero pensar en ellos en esta parte del viaje. Cómo lograron sobrevivir a la montaña, pero también cómo lograron llevar adelante sus vidas, sus familias, sus proyectos. La

historia de superación nos atraviesa a todos y a cada uno, no nos vamos a cansar nunca de pensar en ellos.

El viaje continúa y por suerte este segundo día no vemos casi signos de descomposturas de ninguno. Probablemente el aclimatamiento, la adrenalina, el tiempo restante y el proceso mental de superación. Es inevitable pensar y admirar a los pacientes con los que estoy subiendo. Son muchas historias, es un grupo lleno de resiliencia y con tanto contagio de alegría y esperanza.

En un momento me voy a encontrar casi en la punta del primer pelotón y delante mío está el “Gordo”, ese guía tan fantástico que es Roberto. Hemos hablado de muchas cosas en todo el trayecto, de nuestras historias de vida, de recordar dónde y cómo cada uno tuvo su experiencia en el rugby. Me va a preguntar en reiteradas ocasiones qué se siente tratar pacientes como los que estamos llevando a la montaña. Es su cuarta vez consecutiva liderando este tipo de grupos y las historias lo siguen conmoviendo. En un momento voy a empezar a pensar en una canción que me transporte a algo que disfruto mucho, y es inevitable recurrir al gran Gustavo Cerati. La canción es “Zona de promesas”, y por esas casualidades, o no, voy a escuchar al “Gordo” tararear la misma canción. No lo voy a poder creer, ¿esa transmisión telepática de verdad está sucediendo? Evidentemente sí. Se lo voy a contar a Eduardo y nos va a despertar sonrisas y asombro. ¿Será la conexión de la montaña? Quizás.

El ascenso continúa, es una víbora larga dividida en distintos pedazos serpenteantes de distintos grupos. Es un momento de mucha concentración y también de mucha expectativa, es el día de la llegada al memorial y eso genera a todos una gran motivación. Las caras, los gestos, las miradas que se cruzan y que dicen “ya estamos por lograrlo”. Es una mañana maravillosa, llena de sol, y de alegría. Vamos a llegar finalmente al lugar, y va a ser hoy, dentro de unas pocas horas. Pero todavía quedo mucho sendero y cada vez se va a ir poniendo más vertical, mucho más.

En un momento determinado, Mauricio, que viene desde Chile, nos va a cruzar a toda velocidad. Él es el encargado de armar la antena satelital desde la cual se va a monitorear en directo la transmisión desde la cima donde están los restos del avión. Curiosamente me había contado que sólo con unas horas de antelación se enteró de

que tenía que venir al viaje. No dudó en aceptar dado que es un fanático de la montaña.

A medida que ascendemos la pendiente es cada vez mayor. Es cuando muchos no tienen tan claro el método de ascenso. Por eso es que hay que ir explicando casi uno por uno, de que deben ponerse de costado como si tuvieran esquíes puestos y ascender de a un pie, juntarlo con el otro y así seguir. De repente en un golpe de vista veo que Osvaldo trastabilla, por suerte está “Cher” que lo va a sujetar de una mano a escasos centímetros del precipicio y quedan ambos en el piso como si fuera un tacle. La respiración se me volvió entrecortada en ese momento.

Desde lejos comenzamos a divisar esa pendiente que tiene los restos del avión. La llegada es inminente. El glaciar aloja el “Valle de las lágrimas”, al pie del cerro Seler, ese de casi 4500 metros que debieron ascender en alrededor de tres días Canessa, Parrado y Vizintín, antes de emprender el viaje en dirección a Chile. Como era tan lejano el horizonte, sólo siguieron Canessa y Parrado. Vizintín les dejó sus provisiones y bajó hasta el avión en apenas minutos por la pendiente arrojándose como si fuera en un culipatín.

De repente ya estamos casi llegando y la emoción es absoluta. Vuelvo a preguntarme cómo reaccionaré en ese momento. Finalmente llego entre los primeros. No se puede describir ni siquiera en estas frases como es el sentimiento. Sin dudas hemos visto en fotos y filmaciones cómo es el lugar, pero la experiencia de estar en el mismo es inigualable. Visualizar ese lugar donde lograron sobrevivir esos pobres chicos. Observar los distintos monumentos y obsequios en homenaje al lugar y a ellos es una escena indescriptible. Voy a tratar en este segmento del libro no ahondar en descripciones para no brindar ningún tipo de “*spoiler*” para quien quiera realizar este viaje en algún momento. Sólo voy a contar que fue lo que hice, me dediqué unos minutos a hacer filmaciones en el lugar para mis padres, hermanos, esposa e hijas y amigos queridos. También a recordar mis pacientes, los que lo lograron y los que no. Quise compartir esa experiencia con toda esa gente que me apoyó tanto para hacer esta travesía inolvidable.

Irán llegando por grupos los distintos senderistas y los abrazos de felicidad se multiplican. Entre los últimos en llegar vendrá otro paciente, Ary junto a su padre, habían emprendido este viaje juntos y los aplausos hacia ellos son interminables por semejante gesta.

Sandra, la periodista que nos acompaña, junto con su asistente y Mauricio comienzan la transmisión en directo de la gesta. Saldrán en vivo, por supuesto primero “Fer”, y después muchos de los pacientes que llegaron hasta allí. En un momento se me acerca para que preste testimonio, sin antes ella contar que yo había sido uno de sus médicos en la atención cuando ella se apunó, “mi hematólogo” dice. Ese segmento de escasos segundos será un recuerdo que luego tendré la oportunidad de dimensionar.

Los abrazos, las fotos y filmaciones continúan indefinidamente. En un instante veo como “Fer” se acerca a unas chicas que también habían sido sus pacientes. Lo que veo es que él les entrega unas cartas. Lo que sigue es observar el llanto de ambas al leerlas en ese monumental paisaje. Hasta en esos detalles está atendo Fernando, sin dudas un distinto.

Almorzaremos todos en un costado del lugar para luego de un cierto tiempo comenzar el descenso. Las historias iban a continuar aún por un trecho más.

Durante el descenso nos avisa Sandra que quienes estamos a cargo del cuidado de los pacientes montañistas vamos a ser entrevistados en una zona intermedia poco tiempo después de descender por ese camino con tanta pendiente. Es así que nos encontramos Fernando, “Juano”, Martiniano, “Cher” y yo para ser entrevistados. A mí me va a tocar ir junto a “Cher”, de modo que nos quedamos charlando mientras Sandra entrevista a los otros. En un momento vamos a ser llamados por ella para hacernos preguntas sobre nuestra experiencia. Allí, luego de algunas iniciales se produce una conexión emocional junto a “Cher” que terminamos ambos llorando de emoción. Probablemente nuestra descarga después de lo vivido tan intensamente, pero también es parte de nuestra conexión que seguirá con “Cher” quedándose a la vuelta a Mendoza en mi casa y conociendo al resto de mi familia. Incluso lo llevé a hacer *cross fit* ese día y tuvo un “excelente” desempeño.

Una de las historias que mayormente me atraviesa es mi encuentro con Antonella. También ella una sobreviviente a quien por alguna razón le cuento sobre mi primera novela “Mi querida Lita” y todas las vivencias que repasé de mi infancia con ese libro. También logro comentarle que en esa misma época me había vuelto a ver con “Pato”. Por alguna razón de la vida nos habíamos vuelto a poner en contacto a causa de su enfermedad tan difícil que correspondía a la especialidad que hago, oncohematología. Habíamos compartido momentos de nuestra infancia sanjuanina cuando yo vivía en casa de mis bisabuelos en el centro y la suya estaba enfrente de la mía. Luego había sido compañero de rugby con su hermano Sebastián, pero en el club podía ver también a “Pato” que jugaba en una división mayor a la nuestra. Durante la internación de Patricio en Buenos Aires había podido verlos en dos ocasiones y en una de ellas le conté sobre lo que iba a ser mi viaje a la montaña y el significado de la misma. Con sorpresa me dijo que había terminado de leer mi primer libro y hasta me mostró en su celular las notas de autores que yo había hecho referencia en un segmento dedicado a la filosofía. Estuve en contacto permanente con su médica, mi gran amiga Belén, así como también con su esposa Berta y Sebastián. También con Federico, quien fuera nuestro entrenador de la división 74’ y uno de los mejores amigos de “Pato”. Lamenté enormemente su pérdida, sólo me quedó poder agradecer mi encuentro con él después de casi 45 años de la primera vez que nos conocimos.

Volviendo a Antonella, luego de contarle estas historias, ella me relata cómo se habían acercado sus compañeros y amigos de la infancia cuando le tocó vivir ese momento tan duro de su diagnóstico y tratamiento. Por eso mis recuerdos de la infancia le parecen tan cercanos y me pide leer mi novela a lo cual encantado accedo. No sólo eso, sino que por sus conocimientos tan agudos en la escritura me va a realizar correcciones a la narración que tan agradecidamente voy a recibir.

Al continuar el largo descenso tuvo lugar otra historia. Me adelanté al resto del grupo y en un momento me hallé casi solo. Pero no mucho más lejos me encontré con otra paciente llamada Flavia. Hacía mucho que no tenía una conexión así con alguien. Ella termina siendo una de las personas más espirituales que he logrado conocer hasta este momento. Me cuenta de su acercamiento al budismo, de cómo le ha cambiado la

visión de la vida desde ese entonces. Le voy a contar un repaso de mi vida y sus devoluciones van a ser increíbles. Paso casi el resto del retorno sólo escuchándola y al mismo tiempo agradeciéndole cada una de sus reflexiones de vida.

Finalmente, y luego de un largo trecho casi con destellos de luz llego al campamento. Sumamente exhausto pero lleno de alegría y vigor como para ascender a otra montaña mañana mismo. Pero todavía quedan algunas vivencias más por compartir.

A nuestra llegada al campamento de nuevo, antes del descenso final, Mauricio me ofrece si quiero tener señal para comunicarme por el celular. Es así que abro el *whatsapp* e inmediatamente se descargan un montón de mensajes de gente que me había visto por televisión en vivo en esa breve entrevista que me hizo Sandra en la cima. Los mismos me llegan desde distintos lugares de Argentina en donde tengo amigos y familiares, me resulta increíble la cantidad de personas que estuvieron tan atentos a esta expedición tan exitosa y diferente a cualquier otra.

9. Marcos Germán

Era un día que apenas habíamos llegado de vacaciones con mi familia desde la costa atlántica cuando nos juntamos a cenar con mi madre. Fue allí que por alguna razón en medio de la conversación me manifestó: “¡Cómo me insististe para que a tu hermano Marcos le pusiera de segundo nombre Germán!”

Increíblemente el recuerdo volvió a mi mente como si se tratara de algo que hubiera estado reprimido en mi inconsciente. En mi colegio primario en San Juan tenía un compañero llamado Germán. Era uno de mis compañeros más queridos y a quien frecuentemente visitaba en su casa que quedaba muy cerca de la mía. Su padre se dedicaba a la reparación de lanchas, por eso todo su frente estaba siempre lleno de esas embarcaciones que siempre llamaban mi atención.

Pronto nos enteramos que Germán en los últimos años del primario estaba enfermo. No sabíamos bien de qué se trataba, pero su pelo se caía y después de un tiempo volvía a crecer. Su diagnóstico era de una leucemia aguda y lamentablemente falleció en nuestro último año del colegio cuando estábamos en séptimo grado.

Indudablemente fue en ese entonces, cuando mi madre estaba embarazada de mi hermano menor. Fue evidentemente muy grande mi insistencia de que una vez elegido como primer nombre Marcos, su segundo nombre fuera Germán. Todo coincide porque prácticamente en forma exacta le llevo a mi hermano menor doce años de diferencia. Todo tenía sentido, pero faltaba todavía más.

Será muchos años después cuando tuve que elegir qué especialidad hacer como médico, y me volqué a la Hematología. Mi residencia la hice, como conté anteriormente en el hospital de Clínicas donde conocí a Laura y a Fernando. En mi año de jefatura de residentes, como también conté, apliqué para una beca en Italia en trasplante de médula ósea. Por alguna razón mi trabajo de investigación, que valió una publicación en una de las revistas más reconocidas en el mundo de la hematología, fue acerca de un método de seguimiento y respuesta de marcadores genéticos y moleculares en pacientes con leucemias agudas trasplantados.

Por supuesto al igual que ustedes se preguntarán, si todo esto fue una casualidad o fue un destino marcado por mi amigo Germán. ¿Habrá sido una manera de encontrar una respuesta a dicha enfermedad o un intento denodado de tratar a ese tipo de pacientes? Sólo tengo una certeza, como amé a ese gran amigo llamado Germán.

No es casual que con mi hermano Marcos también haya sido al que más cuidé y me relacioné con él quizá más que con mis otros dos que están entre medio de él y yo.

Me pone igualmente muy contento haber podido cerrar finalmente esta historia contándola de esta manera. Sólo sé que inevitablemente nada es casual en nuestras vidas.

10. El final, el retorno a casa

El final de este viaje también va a ser con un cúmulo de emociones que nos esperan todavía vivir. Termina nuestra caminata, después de un recorrido de casi 60 kilómetros entre subida y bajada. El lugar donde nos esperan las camionetas será un sitio donde se formará un pasillo con las personas que van llegando y sus bastones levantados a manera de un túnel donde todos somos recibidos con gritos y aplausos por la gesta realizada. Es un momento de mucha emoción, de abrazos, risas, lágrimas, pero sobre todo la satisfacción de llegar al final de semejante caminata.

Nuevamente somos repartidos en las distintas camionetas, y luego de una parada a la mitad de camino donde nos abastecemos de líquido y comida, nos dirigimos nuevamente a “El Sosneado”. Allí nos separaremos cada uno a sus distintos destinos luego de disfrutar unos sándwiches de jamón crudo que preparan en la estación de servicio. Son las últimas fotos entre todos nosotros, también las despedidas, los abrazos, es todo muy emocionante, pero también satisfactorio, lo hicimos, todos volveremos contentos a casa.

En mi auto suben “Juano” y Francisco. Nuestras charlas serán sumamente atrapantes, cada uno tiene una historia de vida única. Compartimos nuestras visiones en cuanto a política, situación del país, y demás temas muy interesantes. “Juano” nos cuenta sobre un viaje recientemente realizado junto a la orquesta y elenco de baile del teatro Colón, en donde se desempeña como encargado de la atención médica, a Omán, un país árabe sumamente interesante. Francisco nos cuenta por qué se siente tan a gusto en nuestro país, su formación en edición y diseño que lo llevó a formar parte del equipo de comunicación del instituto Fleming.

Llegamos finalmente a un punto de encuentro cerca de mi casa donde nos encontramos con los tripulantes que vienen con “Cher” y nos terminamos de despedir. “Cher” como conté, vendrá al otro día a quedarse a casa.

Finalmente llego a casa, me esperan Laura y mis dos hijas, Catalina y Agustina. No puedo estar más sucio por el viaje, pero igual los abrazos son interminables y llenos de alegría por el reencuentro. Llego a mi hogar.

10. Epílogo

Este libro tuvo un largo receso a poco más de la mitad, por casi dos años. Durante ese tiempo tuve que atravesar un problema que me obligó a suspenderlo. Dos años después los recuerdos fluyeron muy fácilmente, sólo había que sentarse a escribirlos y además reflexionar sobre todo lo que fue mi proceso.

Vanesa, la esposa de mi gran amigo “Beto”, hacía sólo unos días me hizo llegar un ejemplar del libro “El hombre en busca del sentido”, de Víctor Frankl. Él fue un ex prisionero en el campo de concentración de Auschwitz. En dicho libro describe una serie de características que describe a aquellos prisioneros que se dejaban morir por las condiciones tan adversas, a diferencia de aquellos que su fuerza de supervivencia era tan importante que los llevaba a continuar con vida. Sin dudas, luego de la experiencia que me tocó atravesar, pude darme cuenta que mi mente pertenece al segundo grupo, mi instinto de supervivencia me ayudó a poder seguir adelante.

Es un claro mensaje para todos aquellos pacientes que nos toca tratar. No tengo dudas de que todos aquellos (que en el momento que terminé este libro Fernando ya ha organizado la 6ta expedición), tienen la característica que Frankl tan minuciosamente describió de superponerse a toda la adversidad que significa atravesar un cáncer. Pero también soy consciente, como describí en más de un caso de mi relato, que muchos, a pesar de dicho instinto, la enfermedad no puede ser curada o controlada.

El mensaje final de este libro va dirigido a todos aquellos pacientes que les toque recorrer este tipo de enfermedades, sepan que van a tener más posibilidades de lograrlo si luchan por ese objetivo como les sucedió a los 16 supervivientes del Valle de las Lágrimas.

Es así, con lágrimas que logro terminar este libro, pero son de emoción, no de tristeza. Gracias a que pude finalmente realizar este viaje. Como vieron no lo olvidaré nunca.

11. Agradecimientos

A mi esposa Laura y mis hijas Catalina y Agustina

A mis padres: Graciela y Hervé

A mis hermanos: Diego, Pablo y Marcos

A mi tía Patricia y a la memoria de mi tío Roberto

A mis primos: Juan, Julia y Mariano

A mis amigos del Secundario: Ramiro, Rodrigo, Pablo, Jorge, Gastón y Carlos

A mis amigos de la Facultad: Guillermo, Roberto, Damián, Hugo, Diego, Ignacio, Daniel, Fausto, Adrián, Silvio, Javier, Gustavo, Rubén, Facundo, y a todo el resto

A mis amigos del Andino Tennis Club: César, Aníbal, Matías, Pablo, y a todo el resto

A la memoria de mi mentor: Héctor Longoni

A mi suegro Jorge, quien tuvo una participación muy activa en este libro en la corrección y edición del mismo

A todos los pacientes que alguna vez me tocó ver

A los pacientes que vinieron a la travesía

A mi gran amigo Fernando Petracci